

15 de Junio de 1908. Año V. N.° 108.

Redacción y Administración: Plaza de San Ildefonso, 1. Apartado en Correos n.° 336.

Triple infanticidio

En la Bretaña se ha descubierto un infanticidio asqueroso, repugnante y cruel, que ha puesto sobre la pista de otros crímenes análogos cometidos por la misma despiadada madre.

Esta fiera humana, esta mujer cruel se llama María Dubois. Su conducta en punto á costumbres, era de lo más desacreditado, y la opinión pública la señalaba como la mujer más licenciosa de la comarca.

No pasaba un año sin que fuera madre de un nuevo hijo, que al poco tiempo desaparecía sin rastros de él. Una buena disculpa sobre colocación en una casa de caridad daba suficiente explicación.

Ahora, con ocasión de su último hijo, se ha visto que no se molestaba gran cosa en colocarles bien. Cuando lo creyó oportuno y entendió que todos los de la granja donde habitaba estaban entregados al sueño, descendió de su cuarto al corral, que atravesó. Llegó al sitio donde se encerraban los cerdos, que previamente había dejado á medio pienso, y sin piedad les entregó á su voracidad las tiernas carnes del angelito.

Los cerdos en cuatro dentelladas se lo comieron y ella lo presenció tan á sangre fría como si acabara de servirles un pienso de patatas, de granos ó de salvados.

Esta vez la criminal y desnaturalizada madre no ha tenido la misma fortuna que las otras veces en sus crímenes.

A la mañana siguiente, unos huesecitos que otros campesinos vieron

en las pocilgas hicieron caer en sospecha. El activo é inteligente juez se encargó de lo demás.

La fiera humana, la cruel madre había seguido el mismo procedimiento con los demás hijos de su entraña. Está confesa de sus crímenes.

Este ha llenado de horror y consternación á los sencillos habitantes de la aldea, que no conciben, ni nosotros, tanta perversidad en una madre.

Todos los días se descubre un aborto de la Naturaleza.

Esta humanidad no tiene atadero.

Suceso trágico.

En Burdeos acaba de desarrollarse un suceso por demás trágico.

Las contrariedades que sufría un buen hombre, de oficio relojero, llamado Augusto Forcaud, dieron remate con su juicio.

Su último disgusto fué el verse abandonado de su esposa, que huyó del hogar doméstico, dejándole en compañía de una hija de quince años de edad, llamada Enriqueta.

Ya llevaba algún tiempo anunciando que la vida se le hacía insoportable y decidió quitársela.

En su arrebato, quiso hacer desaparecer á su hija, á quien quería entrañablemente.

Loco del todo, se apoderó de un martillo y sin que



la jovencita pudiera evitarlo, le descargó tan tremendo martillazo en la cabeza, que le partió el cráneo. A aquel golpe secundó con otros, que dejaron la cabeza convertida en horrible é informe masa.

Esto no lo hizo sin que los gritos y el ruído que él produjo dejaran de ser apercibidos por los vecinos.

Acudieron en socorro; pero las puertas se hallaban sólidamente cerradas y atrancadas.

En el tiempo que los vecinos se desembarazaban del obstáculo, el furioso loco tomó una dosis bastante considerable de aceite de vitriolo.

Furioso y ya á la vista de los vecinos, que al fin hiciéronse camino, abrió rápidamente una ventana y dando un vigoroso salto, se lanzó al espacio desde una considerable altura.

Cuando le recogieron del suelo era cadáver.

El trágico suceso, desarrollado á la vista de las buenas gentes que intentaron impedirlo, les ha llenado de consternación.

Los sustos, entre las mujeres especialmente, han menudeado, ocasionando algunos accidentes de gravedad.

Los crímenes en París.

La criminalidad en París ha tomado el peor de los aspectos posibles: el de la impunidad para los delincuentes. Ya no son los *apaches* de uno y otro sexo los que campan libremente, al amparo de su organización y mutuo apoyo.

Los crímenes cometidos aisladamente tampoco son descubiertos.

Todos ellos están rodeados de circunstancias que apenan el ánimo de las personas honradas que se propongan vivir en la capital francesa.

Ayer, el asesinato del pintor.

Hoy, el del agente de Bolsa Sr. Remy.

Este señor es asesinado en su propia casa, rodeado de los suyos.

Lo único que se sabe de cierto es... que tiene quince puñaladas.

Lo demás son hipótesis; se supone que fué asesinado de noche, en confirmación de lo cual se hace ver que la cama donde fué asesinado tiene otras puñaladas, y *la astuta Policía francesa deduce que éstas eran innecesarias para matar á Remy.* Se supone que mientras uno de los criminales asesinaba á obscuras, el otro registraba y revolvía presurosamente los cajones de los muebles y se apoderaba del dinero. Por *trabajar* sin luz se dejaron tres billetes, *y es posible que por esto se les exija la responsabilidad.*

Se supone que el crimen ha sido cometido por ladrones profesionales, así como suena, con título y diploma.

Se supone que fueron guiados por un antiguo criado *de confianza.*

Se supone que entraron de noche y que se ocultaron en la carbonera...; la cosa se ponía obscura.

Tanto suponer nos autoriza á nosotros para suponer también que los acreditados profesionales ladrones y asesinos no serán habidos, que decimos por aquí, y que también pueden aplicarse la frasecilla por allá.

Un cochero ha declarado que la noche *de autos* condujo á un sujeto de mal aspecto hasta la *casa del crimen.*

Otro cochero asegura que su carruaje se lo alquiló una dama vestida de blanco, á cosa de las dos de la mañana. Notó que el traje iba manchado de sangre.

De desear es que cese este estado de inseguridad, que va constituyendo la normalidad en París.

Por lo demás, las porteras de por allá son primas hermanas de las de aquí.

El difunto M. Remy tenía para su defensa montado un timbre de alarma, que debía funcionar al intentar abrir su puerta.

Pues dió la *casualidad* de que á la señora portera se la olvidara aquel día, precisamente, dar cuerda al aparato. Sin este olvido... ó lo que sea, el crimen no se hubiera podido realizar.

Las Autoridades han comprobado que la puerta de la calle se abría fácilmente con ganzúa, y lo peor del caso es que, antes que ellas, lo demostraron los asesinos.

París cuenta entre sus plagas al *souteneur*. En España se desconoce el alcance de esta frase y no hay otra equivalente, porque tampoco hay quien haga lo que los *souteneurs* hacen, aunque haya quienes les imitan en parte.

Lo cierto es que harta ya una tal Maubet de las expoliaciones del *souteneur*, que á la vez era su peluquero, decidió romper con él.

No se avenía éste á prescindir del sudor de la pobre mujer, y con cinco tiros de revólver que la encajó en el cuerpo creyó el cobarde solucionar la cuestión y *quedar como un hombre.*

El mundo anda revuelto.

No ya nosotros tan sólo, que, por lo que se ve, no tenemos atadero; el mundo entero es una olla de grillos. Aquí nos revolvemos unos contra otros, lo mismo en los comienzos de este siglo, como en todo el que ha pasado, como en los que le precedieron. La eterna lucha de la media España reaccionaria con la otra media liberal es la que ha impedido que nuestro progreso corriera al nivel que en los pueblos del centro de Europa.

En todas las naciones ha existido el mismo mal; pero en ninguna como en España sus efectos han sido tan perniciosos. Cuando Italia era un conglomerado de cetros y repúblicas, enemigas unas de otras, España llevaba muchos siglos de nacionalidad constituída; cuando Alemania era otro embrollo de terruños gobernados por reyes y duques diferentes, España obedecía toda unida y sus provincias adyacentes y sus riquísimas colonias de los mares de oriente y occidente, al cetro glorioso de San Fernando.

La locura del Piamonte, su descabellada, al parecer, empresa de codearse con las potencias de primer orden allá en Crimea, donde en realidad tenía que hacer tanto como los perros en misa. Guiado por el patriotismo como único acicate, ese patriotismo verdad, no bullanguero, sacó partido de todo: así ocurrió en Italia, y de aquella aventura loca y extemporánea nació á los pocos años la unidad italiana, habiendo sabido vencer las codicias de las testas coronadas de cada fragmento de aquella hermosa tierra, y habiendo sabido también reducir á los límites espirituales al poder pontificio, á despecho de los que, como nosotros, hicieron una cómica protesta.

Alemania aprovechó sus triunfos del año 70 para coronar en París emperador al que era rey de Prusia, y la fuerte nacionalidad germana quedó hecha. Otros pueblos, como el Brasil, en dos días cambiaron radicalmente su forma de ser, y otros muchos, con transformaciones menos hondas, han asegurado su vida, y eso que no queremos apelar al ejemplo entre los ejemplos: al pueblo primero de Oriente, que ha eclipsado á todos.

Todo esto pasa en el mundo, y mientras, aquí nos devanamos dentro de límites tan pequeños, con miras más pequeñas aún. Resurgen las luchas entre los liberales y los reaccionarios y se dan cierto aspecto de intereses de religión. Estas luchas han desaparecido del tablero de los demás pueblos, al menos en su mayoría.

La retirada ley del Terrorismo es la prueba más concluyente de cuanto venimos diciendo; por si fuera poco, ahora empieza en el Congreso la discusión sobre la derogación de la ley de Jurisdicciones.

Esta ley, ó por mejor decir, la necesidad de haberla hecho, es la prueba más acabada de nuestro desequilibrio nacional. Cuando *se siente* la necesidad de legislar así, es que los lazos de unión nacional se han distendido, que los catalanistas y los nacionalistas se sienten fuertes, al menos, para expresar en público descaradamente sus depravadas ideas de separatismo.

No creemos que se derogue esta ley de Jurisdicciones, esta ley de excepción que, como todas las que lo son, de manera absoluta debe ser condenada por los espíritus libres, pero sólo en tanto y mientras la vida de nación es la normal, en tanto y mientras la integridad de la patria no sufre lo más mínimo, en tanto y mientras que la unión de una España indivisible no sea proclamada desde las costas cantábricas al Estrecho, desde el Océano al Mediterráneo. Cuando, como hoy, eso no ocurre, por desgracia, la ley de Jurisdicciones es la compresa que une artificiosamente los diferentes trozos del brazo que se ha roto: á favor de ese ligamento los huesos se soldarán y la unión del brazo fracturado se hará

Naturalmente que esta unión será más rápida y más eficaz si á la acción de las ligaduras se añade un buen tratamiento médico, y mejor, quirúrgico en este caso. Hay que extirpar lo malo.

Del otro lado del Pirineo corren vientos parecidos. La lucha de los nacionalistas, con su lastre de prejuicios, de creencias y de intransigencias, contra los liberales franceses ha llegado á un límite inconcebible. Dreyfus, el condenado de la isla del Diablo, la víctima propiciatoria de los clericales franceses, de los nacionalistas, ha sido objeto de un atentado.

Este buen soldado, este espíritu fuerte y honrado, que despreció el indulto por querer la rehabilitación, tuvo en los días de su mayor desgracia otro espíritu grande, tan grande, que cuando el pueblo francés, engañado, loco, desenfrenado, pedía la cabeza del traidor, Zola proclamaba su inocencia.

A Zola se le regateaba un sepulcro donde descansara su huesa, y su defendido, cumpliendo siempre su deber, acudió el primero á descubrir su cabeza ante los restos de aquel grande hombre, ante el gigante, ante el gran patriota que supo arrostrar la impopularidad por defender la causa del inocente.

Dreyfus no le pagaría con la vida, pues salvó su honor; por eso fué el primero á descubrir su cabeza y para bendecir llorando aquellos restos gloriosos para toda la humanidad; pero para él mucho más.

Dreyfus fué asediado por la fiera nacionalista, por la hiena reaccionaria, y cuando se hallaba en el cumplimiento de su más santo deber, trataron de asesinarle.

La reacción es implacable en todas partes. Este es su gran crimen, pero al mismo tiempo es su sola virtud.

Si la libertad supiera odiar á la reacción como ésta á su enemiga, hace muchos siglos que no se oiría hablar de reacción. Las tolerancias liberales dan los triunfos, que luego se pagan con intolerancias crueles y con miserables que empuñan un revólver contra Dreyfus.

Las faldas.

Un burlado marido pretendió venganza, que sólo á medias ha conseguido.

Veamos cómo los sucesos se han desarrollado.

Monsieur Plaucon es el burlador que arrebató la mujer á M. Depordiaux. Mucho tiempo tardó éste en averi-



guar el nido; pero al fin dió con él y resueltamente entró en la habitación que ocupaba la enamorada pareja.

Depordiaux, lejos de amilanarse, se volvió contra el marido y de un terrible puñetazo dió en tierra con él.

Furioso éste, sacó del bolsillo un revólver y disparó, buscando su venganza; pero marró el tiro y Depordiaux huyó.

No tan afortunada la mujer de Plaucon, la dió alcance su marido y bonitamente la entregó á la Autoridad, denunciando su punible culpabilidad.

Depordiaux no parece por el mundo, ni para un remedio. Hasta ahora á éste no le han salido las cuentas mal; pero el Tribunal que ha de entender ha encarecido su prisión, que no se hará esperar.

Inteligente, en verdad, ha sido un bonito loro, encerrado en elegante jaula, que al ser robado por un descuidero, gritaba sin cesar: ¡Que me roban, que me roban!

La Policía prendió al ladrón y llevó el pájaro á su casa.

El patriotismo en el siglo pasado.

En estas mismas páginas hemos dado cuenta del amor patrio desbordado en Madrid y en el resto de España por este pueblo sublime y por su Ejército, que jamás le ha regateado su sangre y sacrificios.

Callamos de propósito, y acaso no hayamos hecho bien, pero nuestra intención ha sido la mejor, lo mucho cobarde que también hubo, los muchos traidores y ruines malos españoles, que hicieron causa común con el invasor.

Unos á título de afrancesados, por entender que en las puntas de las bayonetas francesas venían la civilización, la libertad y el progreso que á España han robado siempre los directores de sus destinos.

A éstos aún puede perdonárseles sus extravíos, en gracia de algo noble que á la larga entreveían para su patria. El odioso Fernando VII vino á darles cumplida razón.

Pero tampoco faltaron afrancesados, simples traidores, que se volvieron contra su patria sólo por adelantarse á ser los primeros á la mesa que el intruso José I les brindaba.

Confesémoslo, estos reptiles no pertenecían al pueblo generoso del Dos de Mayo ni de Gerona y Zaragoza; fueron todos de las clases aristocráticas, de los ricos, de los que todo lo esperan del que mande. Con los perversos existieron los torpes. Nuestros políticos siempre han sido lo mismo.

España no contaba más que con una sombra de Ejército, y Napoleón se dió traza para embaucar á nuestros gobernantes, haciéndoles creer que algo se nos había perdido en Dinamarca; como quien dice, ahí al lado. Si les hubiera dicho que á la Luna, allí hubieran mandado nuestros *sagaces* políticos lo mejor del Ejército español.



Las tropas del Marqués de la Romana jurando fidelidad á las banderas.
(Cliché de *El Mundo Militar.*)

El marqués de la Romana se encontró con 9 000 hombres en Dinamarca, *tomando el fresco*, mientras aquí se batía el cobre.

En Dinamarca dieron los españoles la más alta prueba de patriotismo. Comprendiendo todos el engaño, juraron embarcarse para España á combatir al felón invasor, y dice un brillante escritor militar: «hermoso ejemplo de patriotismo: el proyecto de embarque fué un secreto conocido y guardado por los 9.000 hombres».

Tampoco allí faltó un traidor, Kindelán; pero fué único. Los demás dieron al mundo el hermoso ejemplo de jurar en Langeland, alrededor de sus banderas, morir por ellas. El 13 de agosto embarcaron en buques ingleses, que las Juntas de Sevilla, Asturias y Galicia supieron equipar desde Londres, donde concurrieron.

La isla trágica

Haití es el país que, teniendo una historia corta, tanto como lo consiente la fecha del descubrimiento del Continente americano, ha llevado y lleva la vida más agitada que se registra.

Para la población con que cuenta, de menos de un millón de habitantes, se acercan á cinco millones de vidas las que han sido sacrificadas en revueltas, asesinatos y guerras.

Nada hay, por lo tanto, que se le asemeje.

La desgracia del país empezó con un hecho el más hermoso; que á tales contrastes nos tiene acostumbrados la vida. La emancipación de los esclavos, decretada por Francia, dió principio al desbordamiento de la población, negra en casi su totalidad.

La guerra que por su independencia sostuvo, el general negro que venció, se declaró emperador, con el nombre de Jacobo I. La corte de Napoleón le pareció poco para él y procuró sobrepujarla con sus groseras incitaciones.

Después de él se han sucedido una no corta lista de

MONARCAS Y PRESIDENTES DE HAITI

reyes y presidentes que todo el derecho de sucesión lo han confiado al asesinato, al envenenamiento y á la revolución.

Recuerda perfectamente á nuestra lista de reyes godos, que *gozaban* el poder tres y cuatro días.

El cambio de persona no llevaba el de procedimiento, y Haití siguió siendo la corte de la más ridícula imitación de las de Luis XV y Napoleón, con su escolta de duques y otros títulos, que fundaban su mote en lo más vulgar de las hortalizas encerradas en cualquier plaza de abastos, ó en algo un poco más delicado, como el duque de la Mermelada, el de la Limonada. También había *duques del reino animal*, duque del Oso, duque del Puerco. Mientras esas grandezas se creaban, los soldados haitianos no conseguían tener zapatos, ni la mayoría de los mismos príncipes y títulos nobiliarios.

A estos extremos conduce el desbarajuste, y la hermosa isla, la con razón llamada «perla de las Antillas», está convertida en un hervidero, que hace imposible la vida próspera á que tiene derecho tan hermosa tierra.



1. J. J. Dessalines.—2. B. Christophe.—3. Petion.—4. Boyer.—5. Riviere Herad.—6. Guerrier.—7. Preniot.—8. Riche.—9. Soulouque.—10. F. Geffrard.—11. S. Salvane.—12. N. Saget.—13. Domingo.—14. B. Canal; y 15. Salomón.

(Cliché de *El Mundo Militar.*)



Soldados haitianos. (Cliché de *El Mundo Militar.*)



El general Jean Jumeau, asesinado cuando la última revuelta.
General Nord Alexis, actual presidente de la República.
(Cliché de *El Mundo Militar.*)



Con todo—dijo Esteban—, si llegase á trabarse una refriega, tal vez sería preciso que os ayudáramos.

—Es inútil, señores; preparad solamente al pueblo, no para que nos ayude, sino para que nos deje hacer; esto bastará.

—Una revolución general salvaría á todas las víctimas—observó Valero.

—¡Ah! este garduño tal vez tiene razón—dijo el joven Vargas suspirando—; tal vez debemos dejarle hacer.

—Sí, tiene razón—dijo José—; una revolución abierta sólo serviría en este momento para redoblar las crueldades de la Inquisición y aumentar el número de víctimas. Creedme, se han tomado todas las precauciones para defenderse en caso de necesidad, hállanse aprestadas numerosas tropas, y no es época de lanzar á ese pobre pueblo, que al fin es siempre la víctima, en una insurrección. Se trata de salvar al gobernador, usemos de astucia y no de audacia, no es este el momento. ¿Olvidáis que el emperador Carlos V debe asistir al auto de fe y que le acompaña una numerosa milicia?

—El padre José tiene razón—añadió don Gimeno de Herrera—; una revolución en aquel día parecería una conspiración contra el rey, y nuestro único objeto es atacar á la Inquisición.

—¡Pues bien! señores, ¿qué decidimos?—preguntó Valero.

En este momento dieron un gran golpe en la puerta de la sala.

Todo el mundo se estremeció, excepto Mandamiento, que sin turbarse empujó una columna móvil, que girando sobre sí misma descubrió una abertura que daba á otra pieza débilmente iluminada, y era el gabinete del capataz.

—Entrad todos ahí—dijo el maestre.

Obedecieron, y Mandamiento volvió la columna á su lugar, fué hacia la puerta y la abrió.

Era la Chapa, que se precipitó llorosa en la sala.

—¿Qué es esto, Chapica?—dijo el maestre—; ¿se te ha pegado fuego á la casa?

—¿Dónde está mi hermano?—preguntó ella temblando.

Mandamiento volvió á abrir el escondite.

—Nada temáis, señores—dijo él—; no hay peligro; podéis salir.

Todos volvieron á entrar en la sala.

—¡Oh, señores!—exclamó la Chapa—¡si supierais la desgracia que acaba de suceder!

Y la gitana, sofocada por sus lágrimas, no podía hablar.

—¿Qué hay?—preguntaron todos á la vez.

—¡El apóstol!, señores, el padre de Sevilla...

—¡Bien, acaba!

—¡Detenido!... ¡detenido por la Inquisición!—prosiguió con voz entrecortada por los sollozos.

—¡Oh, Dios vengador!—exclamó Esteban.

—Le han detenido al salir del sermón—continuó la hermana de Coco—bajo el pretexto de que había predicado herejías.

—Pues bien, don Esteban—dijo Valero—, ¡tened consideraciones, pues, con el dulce Pedro Arbués! ¡tenedlas con el rey, que tantas iniquidades permite!

—Don Rodrigo, ya llegará nuestro día—respondió Esteban—; la fuerza del hombre consiste en saber aguardar.

—Maestre—dijo á Mandamiento—, vos obraréis solo con vuestros garduños; prenderéis al inquisidor, y don Manuel Argoso... Nosotros, señores—añadió—, pensemos en preparar al pueblo, fácil será ganarle para semejante causa, que es la suya.

—No olvidéis asegurar la persona de Pedro Arbués—añadió el padre José.

—Quede vuestra reverencia tranquilo—respondió Mandamiento.—No se salvará su eminencia.

Y los tres señores salieron juntos con José del palacio de la Garduña.

XXXIII

El sermón por las esquinas

Eran las cinco de la mañana del 4 de junio de 1534, y la población de Sevilla había despertado más temprano de lo regular, porque llamaba la atención general un gran acontecimiento.

Era el día del auto de fe; día de fiesta solemne y sagrada, en el que nadie debía trabajar, sino orar.

A dicha hora, un grupo de gentileshombres, teniendo á su frente á don Rodrigo de Valero, recorría las calles de Sevilla, hablando entre sí con aire misterioso y deteniendo á veces á la gente del pueblo que encontraban. Les hablaban durante algunos minutos; después los manolos se iban con aire pensativo y preocupado, como si hubiesen recibido una importante y grave confidencia.

La fisonomía de los caballeros era sombría y preocupada, iban de dos en dos, deteniéndose algunas veces en círculo para comunicarse una idea; después continuaban el curso de su paseo y la propaganda popular, único objeto de esta excursión matutina.

Alguna cosa misteriosamente terrible, como esas sordas convulsiones de la naturaleza que preceden á un huracán, agitaba al pueblo de Sevilla.

Aquel siniestro día amenazaba revuelta y ruido.

Profundamente exasperado por las insinuaciones de Valero, de Esteban y de sus amigos, seducido hasta en el santo tribunal por la insidiosa elocuencia de José, que según se lo dijo á Valero, trabajó en las tinieblas, el pueblo de Sevilla, casi enteramente compuesto de marranos, de moriscos ó judíos en apariencia convertidos, aguardaba con una cólera concentrada el día del auto de fe real. Cansado de odiosas persecuciones que pesaban sobre él, cansado de su longanimidad, que sólo había servido para aumentar la audacia y la crueldad de sus opresores, estaba en ese estado de exasperación en el cual basta la más ligera chispa para inflamarlo, para impelerle terrible y furioso, como la llama del incendio, contra los obstáculos que le irritan.

Tal había sido el resultado obtenido por el diestro Valero. En este momento podía realizarse para él la predicción que había hecho algunos días antes saliendo de la taberna:

—Este pueblo ahora hará lo que yo quiera.

Ayudaron á Valero en sus manejos los jóvenes señores que á la sazón le acompañaban, hombres ardientes y prendados de esa grande y sublime cosa que llaman libertad, hija del cielo y tantas veces tan mal comprendida. ¿Acaso el hombre no adora las más veces, en lugar suyo, á un ídolo vacío y disfrazado, obra imperfecta de sus propias manos?

Pero estos grandes corazones españoles no adoraban una vana palabra, una falaz imagen, sino la libertad, hija del cielo, que era el objeto de sus deseos y de sus votos; la libertad protectora y tolerante; esa virgen sublime, hermana de la caridad cristiana, que cubre como ella á los pobres y á los pequeños con los pliegues de su blanca túnica, que los alimenta, que los consuela, que sopla con su aliento divino en las alas del genio abatido y desanimado diciéndole: ¡Anda!

(Continuará.)

Las más bravías.

Las que se estilan en París son de oro, como se verá por la muestra. Como de allí vienen las modas, quiera Dios que tarden mucho en hacer su aparición en tierra de garbanzos las bravías del Sena.

Leontina Charvier, joven muy guapa y de vida más que libre, no pudo sufrir la indignación de que á su amante le hubieran arrestado por una delación de una antigua amiga de él; decidió la venganza, y gallarda la buscó.

En presencia de gente de su calaña, detuvo á Felicia Mondinot, á quien afeó su papel de delatora.

Seguidamente sacó dos puñales, y entregando uno á su rival la dijo: Defiéndete, Felicia

La lucha fué corta: Felicia caía al suelo, á los pocos instantes, con una mortal herida en el costado derecho.

Dentro de la depravación, hay que reconocer que á esta bravía la sobra tanto valor como tienen cobardía esa interminable lista de hombres que todos los días asesinan á indefensas mujeres.

¿Ciencia ó estafa?

No hace mucho tiempo dábamos cuenta á nuestros lectores de que un ingeniero, auténtico ingeniero, se había comprometido á fabricar diamantes, auténticos diamantes.

Más dijimos: había fabricado uno á la vista de un señor que con él había de formar compañía. Este era un capitalista y el ingeniero el socio industrial. Se montaron fábricas, se prodigó el dinero y los diamantes famosos no parecieron fabricados.

Sospechando el capitalista de haber sido objeto de estafa, demandó al ingeniero. Este se defendió en el terreno de la ciencia, donde el juez no pudo penetrar.

Dió un plazo y el ingeniero se comprometió á salir airoso.

En este estado se hallaba por entonces la cuestión.

El plazo expiró y solicitó prórroga, que le concedió el juez.

Nueva prórroga le ha sido concedida al ingeniero Lemoine, para que construya al menos un diamante de 300 quilates, que es su compromiso.

Esta ya no es ampliable; el juez ha fijado la fecha del 17 de este mes; precisamente en estos momentos se decide tan extraño pleito.

A todo esto, el juez no se ha decidido á abrir el famoso sobre lacrado que dicen encierra la más famosa de las fórmulas para fabricar brillantes, por más que en ello ponen tanto empeño los abogados del capitalista Mr. Julius Wernher.

La hiena de Laport.

La criminal cien veces, la viuda Gunness, de quien nos ocupamos en el último número, diciendo que de ella se conocían dos nombres, parece ser que el verdadero, al menos cuando vivía en su país natal, Dinamarca, era Brunilda Buldattens, nacida en Sehba el 11 de noviembre de 1859. Su padre era un labrador de pequeña fortuna. Hace treinta años la criminal se embarcó para los Estados Unidos, desde donde remitía dinero á sus padres.

Las pesquisas policíacas siguen, las excavaciones no se interrumpen y á cada momento se descubren nuevos cadáveres.

Es imposible determinar ni siquiera aproximadamente el número de horrores y crímenes que la viuda, sus hijos y su criado han cometido.

Se la creía huyendo después de prender fuego á la casa para borrar las huellas de sus últimos crímenes. El fingimiento de que ella estaba entre los escombros, parece que es realidad, pues sucumbió á manos de un criado, cómplice suyo.

De los muchísimos cadáveres desenterrados, han sido reconocidos ya bastantes, á otros es imposible, y algunos, ni restos de sus prendas de vestir conservan: tan antiguos son los crímenes

Seguramente que la historia de la viuda Gunness es la más negra que se conoce. Es difícil que la Naturaleza engendre otro aborto parecido.

A medida que las leyes en ciertos países han dado lugar á menor consumo de alcohol, la criminalidad y la locura han descendido. Lo que se sospechaba lo ha sancionado la práctica.

El consumo de vino decrece en las naciones civilizadas Son muchas las fondas donde antes se servía y que hoy se hace por excepción, si se pide este suministro.

La última palabra de la ciencia en cuanto á la bondad de los vinos para la alimentación es que el mejor vino es el agua.

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316